



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

| PUNTOS DE SUSCRICION. | | PRECIOS DE SUSCRICION. | |
|--|--|--|---------|
| AÑO I. | Sr. Administrador del Cádiz, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39. | En Cádiz, un mes, adelantado | 2 ptas. |
| | Madrid, en las principales librerías. | En toda España y Portugal, trimestre, 7 | |
| | Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma | pesetas: seis meses, 14 id., un año, id. | 25 » |
| | Herrador, 8. | En Cuba y Puerto Rico, semestre, en oro | 20 » |
| | | Extranjero y repúblicas americanas, id. | 30 » |
| No se devuelven los originales que no se utilicen. | | Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30. | |

20 de Diciembre 1877.

NÚM. 23

SUMARIO.

GRABADOS: Retrato de D. José de Bustillos.—La rada de Lisboa.

TEXTO: ANDALUCES ILUSTRES: D. José de Bustillo, Teniente General de Marina, por LA REDACCION.—Crónica mensual, por A. BORRERO. El Viático, por RAMON GARCIA SANCHEZ.—Epístola, por JESÚS CENCILLO.—Ave, por DOMINGO G. MARTINTO.—Pequeñas poesías, por ARTURO GAZUL.—La Astronomía, por A. CASSARD.—Pensar... sentir..., por PATROCINIO DE BIEDMA.—El valor, por FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.—Explicación del grabado.—NOVELA: La flor del cementerio, continuación, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del Cádiz, por P. DE B.—Noticias.—Problema de Ajedrez.—Solución al anterior.—Geroglífico.

ANDALUCES ILUSTRES.

D. JOSÉ DE BUSTILLO.

TENIENTE GENERAL DE LA ARMADA, † EL 2 DE MAYO DE 1868.
(Véase la pág. 180.)

El Excmo. Sr. D. José de Bustillo, Teniente general de Marina, ha sido uno de los hombres que más han honrado al ilustre Cuerpo á que pertenecía, por su valor, por su pericia, por su rectitud y altas prendas personales. Nada más justo que dar un lugar, y un lugar preeminente á que tiene derecho, en nuestra galería, al ilustre hijo de la ciudad de San Fernando, que tan alto y brillante supo conquistarlo en nuestra historia contemporánea.

Hijo de otro marino ilustre, de D. Fernando de Bustillo, que fué Jefe de Escuadra, se embarcó por vez primera como Guardia-marina en el vapor *Asia*, revelando desde luego inteligencia, valor y honradez; que el niño deja ver lo que será el hombre, bien así como se adivinan en el capullo entreabierto los colores de la flor.

En 1817 trasbordó á la fragata *Soledad*, de la que desembarcó para volverse á embarcar en el bergantín *Vengador*, saliendo el 16 de Octubre para Veracruz y la Habana, y al volver á la Península, sostuvo con el bergantín de su destino en 24 de Junio de 1818 un combate contra otros buques insurgentes; en 28 entró en Cádiz, y en 17 de Setiembre volvió á salir para América. El 9 de Mayo del siguiente año regresó y trasbordó al vapor *Ligero*: despues salió escoltando un convoy de tropas con destino á la Habana, donde entró el 28 de Agosto, regresando en Octubre á Cádiz.

Demostrada su aptitud científica en estos viajes, y su valor y arrojo en el combate del 24 de Junio, obtuvo su primer ascenso de Alférez de fragata en 6 de Setiembre de 1819, á los tres años de haber dado comienzo á su honrosa carrera. Desde esta época trasbordó en distintas fechas, y sucesivamente, al navio *Numancia*, á la barca *Actividad*, al bergantín *Ligero*, y de éste volvió al navio, hasta la salida de aquél para Veracruz en 19 de Julio.

Naufragó el *Ligero* en Cayo Verde, durante la noche del 16 al 17 de Agosto, y el Alférez de fragata Bustillo fué recogido por el bergantín *Diligente*, á bordo del cual llegó á la Habana. Se le destinó á la corbeta *Ninfa*, pasó á la *Diamante*, y habiéndosele concedido pasaporte para la Península, pasó á Cádiz en Diciembre.

El año 1821 lo pasó embarcado en la goleta *Mágica*, hasta que en Junio del siguiente salió con dicho buque para la América septentrional, tocando en Puerto Rico y en la Habana; desde allí salió para Veracruz, volviendo á Cádiz á fin de año. Durante el 1823 embarcó en el navio *Asia*, con el que salió en Enero del siguiente para Lima, con escala en Puerto Egmont, Chiloe y Quilca: en Setiembre fondeó en el Callao.

Con dicho buque levantó el bloqueo del puerto de Callao, y batió el 7 de Octubre á la escuadrilla del Perú y Colombiana, ahuyentándola de aquellas aguas.

En Marzo de 1825, hallándose fondeado en la rada de Humatun, se sublevó la guarnición y parte de la marinería en el momento de ir á darse á la vela, y al amanecer del día siguiente fueron puestos en tierra el Comandante, Oficiales y Guardias Marinas, zarpando el navio para Acapulco.

En la fragata inglesa *Renard* llegó á Manila en Abril, y en la *Sabina* que hizo escala en Zamboanga, Auger y Santa Elena, llegó en Noviembre á Cádiz. En este mismo año, y por el acertado desempeño de su empleo, fué ascendido á Alférez de navio.

Pasó despues á la Habana en el *Guerrero*, y hubo de regresar por haber desarbolado sus palos el navio. En 1827 se hizo al mar con la division de operaciones al mando del Comandante general del Apostadero. Desde esta época hasta Febrero de 1829 desempeñó comisiones del servicio á satisfaccion de sus jefes. Con esta fecha se le nombró de real orden para el mando de buques del Resguardo marítimo, y tomó el mando de la goleta *Diana*, cesando en el cargo de Ayudante del Arsenal de Cádiz, que se le había dado en 9 de Diciembre último.

Durante los años 1830 y 31 desempeñó varios cruceros sobre Cádiz, Algeciras y Málaga, con el mando de dicha goleta, hasta que por real orden de 1832 se dispuso cesase en el desempeño de este cargo, quedando S. M. satisfecha de su celo y buena inteligencia.

En el siguiente año pasó de nuevo á la Habana y volvió en breve á la Península en la *Restauracion* por no probarle aquel clima; al llegar á Cádiz fué nombrado Ayudante del Arsenal, y en Diciembre se le destinó al armamento de la fragata *Esperanza*, para quedar de dotación á la salida de Balandros.

En 1836 se le nombró por real orden Comandante del bergantín *Jason*: se dirigió á Santoña y auxilió el desembarco de efectos de guerra para el sitio de Bilbao, siendo nombrado en 1837 Capitan de fragata, sin antigüedad.

Auxilió los pueblos de Sitges y Vinaroz contra los carlistas, y represó y puso á flote tres barcas valencia-

nas que habia apresado Cabrera; se le dieron las gracias en nombre de S. M.

Fué nombrado en 1.º de Febrero de 1839 Capitan de fragata con antigüedad, y en 27 de Agosto segundo Jefe de las fuerzas navales de la costa de Cantabria, que no verificó por suspenderse de real orden el viaje, y mandó otro año más el *Manzanares*.

Por otra real orden se le confirió el mando del vapor mercante *Delfin*, y en dicho vapor salió para Cartagena y Málaga; volvió á Cataluña y sostuvo su crucero en las costas del Principado, Valencia é Islas Baleares, y por este servicio volvieron á dársele las gracias en nombre de S. M.

Por real orden de 13 de Febrero fué nombrado Mayor General de las costas de Cataluña y Valencia, continuando en el mando del vapor hasta que llegó el Comandante general de dichas fuerzas. Concediósele la Cruz de la Marina por sus especiales servicios, y volvió á Cádiz con algunos meses de licencia.

En 1842 tuvo el mando del vapor *Congreso*, con el cual hizo varias salidas y trasportes de tropa.

Desempeñó con tal acierto la comision de reclamar de Puerto Principe la reparacion debida al pabellon español, por el apresamiento de buques que hizo una corbeta haitiana, que se le concedió la encomienda de Isabel la Católica.

En 1844 pasó al depósito; obtuvo por real orden de Julio el mando del navio *Soberano* y fué nombrado Capitan de navio sin antigüedad. El navio, que se hallaba en el Arsenal de la Carraca pasó á Tolón, Algeciras, Alicante, Cartagena y Mahon, donde lo visitó, quedando muy satisfecha de su estado S. M. la Reina.

En 1845 obtuvo la antigüedad de su empleo de Capitan de navio.

En 1846 fué nombrado, despues de varios importantes servicios, Brigadier supernumerario. Desempeñó á satisfaccion de S. M. una importante comision en Costa Firme. En 1848 fué nombrado segundo Jefe del Departamento del Ferrol, despues Comandante general de las fuerzas navales de Cataluña.

Por real orden se le confirió el mando de la division naval que pasaba á Italia en auxilio del Papa. En 1849 salió para ese destino en la corbeta *Mazarredo*, y fondeó en Gaeta; salió de este punto para Nápoles en el vapor *Vulcano*, y al volver á Barcelona se le dieron las gracias por el brillante resultado de las operaciones ejecutadas por las fuerzas de su mando frente á Terracina y Gaeta, por las cuales recibió del Rey de las Dos Sicilias la gran Cruz de Francisco I de Nápoles, en recompensa á los servicios que prestó con la division naval de su mando.

En 30 de Octubre fué nombrado Jefe de Escuadra supernumerario, y en Noviembre salió de Barcelona para Italia en el vapor *Colon*.

En 1850 Su Santidad le concedió la gran Cruz de San Gregorio de Roma, en recompensa de haber coadyuvado á restablecer los derechos de los Estados de la Iglesia. En Marzo se disolvió la division de buques

que había mandado, quedando S. M. tan satisfecha de sus distinguidos servicios que le concedió la gran Cruz de Isabel la Católica.

En Marzo fué nombrado segundo Jefe del Departamento de Cádiz; por real orden de Abril se encargó del mando de la Capitanía general de dicho Departamento. En consideración á sus méritos y servicios se le nombró Ministro de Marina, encargándose del ministerio el 26 del mismo mes. Fué nombrado Comandante general del Apostadero de la Habana; salió en el vapor *Pizarro* en persecución de los piratas, y desembarcó cerca de Bahía Honda. S. M. volvió á hacerle saber que había quedado muy complacida de su comportamiento y del de las fuerzas de su mando, al perseguir la invasión pirática. Por los servicios prestados en Cuba, obtuvo la gran Cruz de Carlos III.

Significó durante el año 1853 de Comandante general del Apostadero de la Habana, siendo promovido en 3 de Julio á Jefe de Escuadra de número. Salió de la Habana en 1855, y recibió de nuevo las gracias de S. M. por su patriotismo y notables servicios.

Por real decreto se le nombró vocal de la Junta consultiva de Ultramar.

Por real orden se le concedió la antigüedad en la gran Cruz de San Hermenegildo.

Por real orden asistió, en nombre de la Marina, á la presentación del primer hijo que dió á luz la Infanta Doña María Luisa Fernanda.

Por real orden se le nombró Comandante general de buques, aprestos de expediciones, matriculas, pesca y navegación de particulares; en 25 de Noviembre se encargó de su cometido.

En 1856 se le nombró Capitan general del Departamento de Cádiz; después de el del Ferrol; se le autorizó en esta fecha para trasladarse á Madrid y tomar parte en las discusiones del Senado.

Por real decreto se le nombró de nuevo Ministro de Marina.

El Rey de los Países Bajos le agració con las insignias de la orden del León Neerlandés.

Volvió á encargarse de la Capitanía general del Departamento de Cádiz.

En 1860 se le confirió el mando general de las fuerzas navales de operaciones sobre la costa de Africa. Fué promovido al empleo de Teniente general, ocupando plaza de número por real disposición, demostrándose de nuevo en nombre de S. M., lo satisfecha que de su valor y patriotismo se hallaba.

En Mayo del mismo año se le autorizó para atender al restablecimiento de su salud.

En 1861 fué nombrado Conde de Bustillo.

Este ilustre marino que nació en San Fernando el 2 de Abril de 1802, murió en Sanlúcar el 2 de Mayo de 1868, pudiendo decirse que todos los actos de su vida han sido páginas brillantes de una historia tan gloriosa como digna y notable que honra á su patria, á su distinguida familia, á la cual deja altos ejemplos que seguir, y honra, en fin, á los que, admirándole sinceramente, le dan á conocer como blason de orgullo de un nombre español.

El grabado que lleva su retrato representa el buque que mandaba durante la campaña de Africa, tan gloriosa para España.

CRÓNICA MENSUAL.

Las incesantes y encontradas peripecias de la crisis que atraviesa Francia, las complicaciones con que amenaza la guerra de Oriente y el ya anunciado próximo matrimonio del Rey D. Alfonso, son los asuntos que en estos días embargan la atención pública.

La nación vecina que desde el final del precedente siglo gozó de la privilegiada actitud de reguladora ó móvil de la política Europea; lo primero á consecuencia de las victorias del consulado y del imperio, lo segundo por efecto de la ventajosa situación que todavía conservó Francia á despecho de las mutilaciones que en 1815 le impuso el Congreso de Viena; el país que después de su revolución de 1830 é interin se mantuvo fiel á la alianza inglesa, ejerció en union del gabinete de Londres, la incontestada supremacía á que puso término en 1846, el gran suceso que la diplomacia bautizó con el nombre de los Matrimonios españoles; aquella Francia poderosa, influyente, temida hasta en la inacción que caracterizó el pacífico reinado de Luis Felipe, la nación de la que Federico de Prusia, el Grande, solía decir, que si él reinase en ella, no se tiraría en Europa un cañonazo sin su permiso, se vé hoy reducida á la condición de escuela experimental, á cuya costa el mundo está aprendiendo qué es lo que puede esperarse ó temerse de la democracia, actuando al compás de la soberanía del número ó sea del sufragio universal, elevado á la categoría de dogma aplicado al gobierno de la sociedad moderna.

Un Rey, honrado pero tímido (Luis Felipe) equivocando la misión y los procedimientos de la aristocracia, de la que se declaró jefe, y un ambicioso déspota (Napoleón III) exagerando la pasión de la igualdad que domina el carácter francés, trajeron como he dicho el reinado de la soberanía del número y condujeron á la Francia á la situación de impotencia política y de peligro social en que se encuentra, dejando un

vacío en el equilibrio europeo del que la Rusia sostenida por Alemania está cogiendo un fruto, que encierra el problema de si será beneficioso ó funesto para las naciones de nuestro continente.

En los momentos en que escribo parece inminente la ruptura entre la cámara de diputados, expresión genuina del sufragio popular, decididamente republicano y los elementos monárquicos, cuya profunda división constituye su debilidad. A no volver á reanudarse las negociaciones entre la mayoría de la cámara y el mariscal Mac-Mahon, lo cual aunque difícil, no sería tal vez del todo imposible en presencia de las altas y bajas que hemos presenciado de un mes á esta parte, no se presentan otros términos de solución, que el de una nueva disolución de la Cámara ó la dimisión del mariscal.

Lo primero sólo puede conducir, si el cuerpo electoral se mantiene firme, á un desprestigio del partido conservador, del que bien pudiera resultar que los vencedores fuesen más allá de los términos conciliadores que al régimen republicano trazó el patriotismo de Thiers, ó si las elecciones diesen una mayoría á Mac-Mahon, sólo podía éste obtenerla exagerando la acción administrativa sobre el sufragio, al punto de llegar hasta la violencia y á todo género de flagrantes ilegalidades, doble hipótesis de la que no podrían menos de resultar tristísimas consecuencias. Si el cuerpo electoral resistiese al insulto y la opresión, la gran calamidad que la Francia ha sabido evitar en medio de sus más grandes convulsiones, la guerra civil, podría surgir y hasta indicar su probabilidad más remota, para justificar el abandono en que el mariscal pudiera encontrarse de parte de los elementos de fuerza que tendría que emplear para compeler ó intimidar á los electores.

Mas si contrariamente á lo que las apariencias indican, el brio de los republicanos fuese un fuego fatuo, que acabase por ceder al empuje de los conservadores ayudados por los gendarmes, por los jueces de paz, por el numeroso cuerpo de guarda bosques, de *gardes-chasses*, de maestros de escuela, de estafeteros, y de empleados subalternos de que tanto abunda la centralización francesa, también podría resultar, la sumisión y la atonía del espíritu público, la falsa prueba de que este espíritu es un fuego fatuo encendido por las escentricidades del imperio y de la democracia y que la mano fuerte de una administración vigorosa basta para reformar.

No sé en verdad lo que el régimen representativo lealmente entendido tendría que ganar en la hipótesis de este último desenlace. Han sido los conservadores franceses tan poco felices en punto á dar á su país la bien equilibrada medida de libertad, que habría bastado para popularizar el principio monárquico y haber realizado el dicho de *Lafayette*, de que la verdadera monarquía constitucional es la mejor de las repúblicas, que no nos atrevemos á responder de que los consejeros predilectos de Mac-Mahon, con sus auxiliares los imperialistas, no abusasen de su victoria, y tras de un triunfo pasajero, engendraran el germen de nuevas y desastrosas revoluciones.

* *

La guerra de Oriente sigue el curso de su natural desarrollo. Las victorias de los rusos en Asia, además de ser de una importancia decisiva sobre la suerte de Constantinopla, si lo que no es verosímil, los rusos pensasen en ocuparla, priva al sultan del principal elemento, de donde saca sus mejores soldados, de la población musulmana del Asia menor, toda vez que dominado su territorio por los invasores, no podrán llegar á Europa los numerosos reclutas que los creyentes han estado enviando á su califa.

Mas limitense ó desarrollense las pretensiones de los rusos, nadie podía ya disputarles el lauro, ni el premio de lo que más ambicionaban al comenzar la guerra, que no era otra cosa que dispar á los de los cristianos súbditos del gran señor, la noción de que la colectividad de las potencias signatarias del tratado de Paris de 1856, eran las protectoras de los cristianos y las reivindicadoras de sus derechos. En adelante los súbditos emancipados del sultan y los que esperan pronto estarlo, no creerán tener otro amigo, otro protector, ni otra esperanza que la espada del vencedor de sus opresores.

Y como á este resultado acompañará *infaliblemente*, la autonomía cuando menos de la Bulgaria y la independencia de la Rumania y de la Servia, aun limitando para Rusia á estos modestos resultados los de la guerra actual, ella había preparado para época no muy remota, la segregación del dominio turco de las provincias griegas del continente y la futura transferencia de Constantinopla á los que hayan de ser sus venideros poseedores.

Otro día, tal vez, si el carácter literario del CÁDIZ me lo permite, (1) demostraré que hubo quien al ajustarse la paz de Paris señalase los azares que ahora corre el equilibrio del poder entre las naciones, quien acertó á indicar el único sistema capaz de haber hecho

(1) Nuestro distinguido redactor puede cuando guste ocuparse del asunto que indica, pues el CÁDIZ está completamente á su disposición.

P. DE B.

compatible la existencia del imperio Otomano con los derechos y la libertad de los pueblos cristianos que la conquista hizo vasallos del sultan.

Abordemos ahora el suceso que más de cerca nos toca y que inaugurándose con un acto de carácter dinástico es al mismo tiempo susceptible de ejercer un decisivo influjo sobre la suerte de la nación.

Como era sabido hace tiempo, el Rey D. Alfonso llegado á su mayor edad, llama á compartir su trono á la infanta D.^a Mercedes, hija de los Sres. Duques de Montpensier.

De las prendas personales de nuestra futura reina no es necesario hablar, siendo general la idea que se tiene de la educación y de las virtudes de la joven princesa.

Tampoco hablaremos de los cálculos y conjeturas que han venido formándose acerca de las influencias que de resultas del enlace régio pudiera hacerse sentir en nuestra política.

Los pronósticos más ó menos atinados que sobre semejante eventualidad han corrido, si no en la prensa, en la intimidad de los coloquios entre hombres políticos, han participado de la dolencia que generalmente aqueja á nuestros partidos, la de considerar los sucesos bajo el prisma de lo que más pronto puede acercarlos al poder.

Dejemos semejantes estrechos cálculos para los que vinculan su importancia y su influjo por las credenciales de que dispondrían siendo ministros, y ocupémonos del matrimonio de S. M., bajo el elevado punto de vista del interés público y de la estabilidad y prestigio de la monarquía.

La ilustración que distingue al Rey D. Alfonso, el sentimiento que no podrá menos de animarlo al unir su suerte á la de una interesante princesa, sentimiento dirigido á cimentar sobre bases firmes el trono que la llama á compartir, no podía menos de llevar el pensamiento de S. M. hacia un horizonte más dilatado que el de los esplendores, felicitaciones y festejos, que rodearán su feliz enlace. El Rey verá que la garantía de su dicha, la de su gloria, la del porvenir de su descendencia, se hallan indisolublemente ligados á la dicha, al contentamiento, á la adhesión de sus súbditos; y sus meditaciones de soberano, de esposo y de padre deberán llamarlo á estudiar el estado moral de su pueblo y á apreciar los temperamentos que más cumplidamente pueden conducir al aquietamiento de los ánimos, á la desaparición de las prevenciones que los han enajenado de la confianza y del culto que nuestros padres profesaban á instituciones tradicionales, á las que sólo falta para que recobren su paternal imperio, que á ellas se asocie la inspiración del espíritu moderno, identificado con el principio de libertad.

La verdadera inteligencia de este principio encierra todo el secreto del problema social, que consiste en llegar por medios morales, por instituciones sabias, por procedimientos cristianos y filantrópicos á que la idea moderna, el espíritu de reforma, el impulso innovador, no excluya ni tiranice, ni ofenda las afecciones, los intereses, la manera de ser con relación á ellos mismos de los tradicionalistas, sin que por otra parte el respeto de los elementos de la sociedad antigua, que conservan vida propia y tienen la simpatía y el apoyo de grandes colectividades, puedan ahogar el desarrollo del espíritu moderno.

Interin no lleguemos á este ideal de prudencia, de tolerancia, de firmeza, de una estabilidad fundada en el triple y enlazado imperio de la autoridad, del derecho y de la libertad, hondamente arraigada en las costumbres, ni el Rey ni sus súbditos podrán gozar de verdadera felicidad.

A. B.

Madrid 12 de Diciembre de 1877.

EL VIÁTICO.

(DEL POEMA INÉDITO LOS DOCE ALFONSOS)

La tarde espira... las sombras
Tienden ya su triste velo
Y á la alegría sucede
Ese fúnebre silencio,
En que se envuelve la noche
Con su mágico misterio.
En las calles de la villa
Todo es vida y movimiento;
Sin embargo, ya las gentes
Se retiran de paseo;
Ya vuelve el trabajador
Á su pobre alojamiento,
Y busca el desocupado
Á su soledad remedio.
Entre el bullicio y el ruido
De los coches, á lo lejos,
De una triste campanilla
Escúchanse vagos ecos,
Cuyo timbre melancólico
Infunde santo respeto
Á quien alberga en su alma

Generosos sentimientos;
Y allá... al fondo de la calle,
De cien luces los reflejos
Se advierten; pero... tan tristes,
Tan sombríos... tan siniestros,
Que al oscilar al impulso
Del rauda sopro del viento,
Parece como que espiran
Dejando el espacio envuelto
En oscuridad tan negra
Como es el abismo negro.
Ay!... de aquella campanilla
Qué fúnebres son los ecos!...
Ay!... de las luces aquellas
Qué pálidos los reflejos!...
Párase la gente al punto;
Los ancianos y mancebos
Se descubren; las mujeres
Caen de hinojos en el suelo,
Y pasa el Señor seguido
De humilde acompañamiento.
A pie, llevando en sus manos
Los Santos Oleos del templo,
Vá el cristiano sacerdote
En cuyos blancos cabellos,
Parece que se refleja
La hermosa bondad del Cielo.
Y aunque es oscura la noche,
Y la lluvia está cayendo,
Y es muy duro el empedrado,
Y el sacerdote muy viejo,
A pie sigue, y apresura
Sus pasos, porque el consuelo
Y la esperanza y la vida,
Lleva tal vez á un enfermo,
Que con ansiedad le espera,
Que le aguarda por momentos.
De pronto, la comitiva
Se detiene, un coche régio
Á ella se acerca, y dos ángeles
De su interior descendiendo
Ofrecen al sacerdote
En él, abrigo y asiento.
El Rey!—Exclaman mil voces.
La Princesa!—Añaden luégo.
Qué rasgo!—Dicen los unos:
Los otros dicen:—Qué buenos!
Y el rey Alfonso, que ya
Demostró que era un guerrero,
Ahora prueba que es cristiano
Y bondadoso en extremo,
Y la Princesa, su hermana,
Que es de príncipes modelo,
Ahora demuestra que sabe
Ser madre del pobre pueblo:
Y ambos, á pie tras del coche
Con fervoroso respeto
Sus oraciones mezclando
Á las de humildes plebeyos,
Llegan con amor bendito
Al albergue del enfermo,
Si es rico, para que pueda
Tomar ánimo al saberlo;
Si es pobre, para dejar
Sobre su misero lecho
Huellas de oro, que recuerden
Su presencia mucho tiempo.
Y al admirarse en la villa
De tan elocuente ejemplo,
Qué rasgo!—Dicen los unos;
Los otros dicen:—*¡Qué buenos!*

RAMON GARCÍA SANCHEZ.

La Junquera: 1877.

EPISTOLA.

Quisiera, dueño amado, con frase amena,
Una carta escribirte dulce y festiva,
Mas he de confesarte con honda pena
Que al donaire mi musa se muestra esquiva.
Acoge placentera, no con enojos,
Del que es rendido esclavo de tus antojos,
El amor que te ofrece, de su alma esencia;
Y así serás el astro de la ventura
Que dore el panorama de mi existencia
Con lumbrera pura.

El tiempo que mis ojos están sin verte,
El corazón se oprime, de duelo henchido,
Y anhelara me dieras ántes la muerte
Que mi amante ternura ver en olvido.

De tu pasión la llama mi vida alienta,
Y tu casta sonrisa mi mal alhuyenta.
Nunca al sopro terrible del desengaño
Se deshojen las flores de mi esperanza;
Pues así sucediera, para mi daño,
Con tu mudanza.

Si respiro tu aliento, dulce bien mío,
De placer inefable se inunda el alma;
Y si observo en tus ojos duro desvío,
Mi corazón doliente pierde la calma.
Nunca el ardor se entibie del fuego amante
Que en tu cándido seno guardas constante.
—Y aquí, por no cansarte ni darte enojos,
Pongo fin á mi canto tosco y sencillo:
No olvides que suspira por ver tus ojos

JESÚS CENCILLO.

Madrid: 1877.

A...

Yo te he visto en los bosques solitarios
Y en los llanos inmensos de mi patria,
Más pura que el cristal de sus lagunas,
Más bella que la luz de sus mañanas;
Y eras la antorcha
De la esperanza,
Que el oscuro sendero de mi vida
Con sus rayos de amor iluminaba.
Yo te he visto despues sobre los mares,
Y del suelo extranjero en las montañas
Tan triste, melancólica y doliente,
Por un velo de nieblas coronada,
Que te he creído
Sólo un fantasma,
Pero un cruel fantasma que mis horas
Con recuerdos perdidos perturbaba.
Hoy también suelo á veces contemplarte
Cuando suena la voz de la campana,
Que invita á los pastores al reposo
Y al inocente niño á la plegaria;
Y me parecen
La virgen pálida
De la última ilusión de mi existencia,
Que de mí para siempre se separa!

DOMINGO G. MARTINTO.

Burdos: 1877.

PEQUEÑAS POESÍAS.

I.

Recuerdo que una vez desesperado,
Te di el nombre de ingrata,
Y tus hermosos ojos derramaron
Todo un raudal de transparentes lágrimas.

Y recuerdo también, que entristecido
Al mirarte dudaba,
Si aquel llanto, al rodar por tus mejillas
Brotaba de tu alma ó de mi alma.

ARTURO GAZUL.

Cádiz: 1877.

LA ASTRONOMÍA.

SONETO ESCRITO PARA EL CÁDIZ.

¡Salve! ¡Salve! grandiosa astronomía:
Tú de la ciencia el medio poderoso
Que debe conducir al genio ansioso
A conocer los mundos algún día.
La brújula eres tú: serás la guía,
La antorcha bella, el Faro esplendoroso,
Que nos muestre el sendero luminoso
Que no hemos encontrado todavía.
El saber la distancia respectiva
De los astros brillantes que ora vemos,
Y la gran magnitud comparativa
Del universo vasto, á ti debemos;
Pero te falta el golpe finiquito:—
El velo descender de lo infinito.

ANDRÉS CASSARD.

New-York: 1877.

PENSAR... SENTIR...

Pensar!... Sentir!... En donde está, Dios mío,
La verdad, que es la ley de la existencia?
Se oculta en lo infinito de la ciencia
Ó del sueño en el loco desvarío?...

¡Pensar!... Medir, juzgar... ¡todo sombrío!
No hay en lo exacto ni calor ni esencia!
¡Sentir!... La vaguedad, la insuficiencia
De una luz que se apaga en el vacío!...

En la esfera moral polos diversos,
Oscila el equilibrio de la vida
Entre esas fuerzas de atracción potente:
Ocultan en su ser dos Universos;
Si una logra vencer la otra es vencida...
¿En cual, pues, la verdad está inmanente?

PATROCINIO DE BIEDMA.

EL VALOR.

¿É aquí una virtud de que hacen gala y ostentoso alarde las razas humanas, las naciones, las provincias, los pueblos, las familias y los individuos. Todos los hombres presumen más ó ménos de valientes y el que por casualidad no se vende por tal, ya se sabe que se resigna *ipso facto* á pasar á los ojos del mundo por un miserable, por un desdichado ó por un villano; bien que á la verdad sean harto raros los sujetos de cualquier raza, nación ó pueblo que en el fuero secreto de su conciencia no se juzguen á sí mismos bastante escasos de ese valor tan universalmente careado.

Sucede con frecuencia en la vida que se vocifera y alardea tanto más una virtud cualquiera, cuanto la tal virtud es en realidad más rara. Nuestros abuelos no se tomaron jamás el impropio trabajo de hacer diarias, sentidas y elocuentes protestas acerca de su profunda y ciega fe en las doctrinas y misterios de la religión cristiana; y sin embargo es bien cierto que ellos sentían esa fe á toda satisfacción, aunque en su vida, en sus ideas y costumbres tuviesen de todo ménos de cristianos, como lo prueban los hechos más incontestables de la historia; al paso que nuestros contemporáneos no cesan un momento de ponderarnos su adhesión sin límites á la religión de nuestros mayores, cuando por otra parte nos consta á todos que esa virtud es ya hoy patrimonio de muy pocos y aún éstos parecen no estar seguros de lo que creen.

Se advierte además, por de contado, que nadie es tan abonado como cualquier necio, para darse humos de sabio; que un petardista tramposo se tendria por injuriado, si el mundo entero no lo condecorase con el dictado de hombre de bien; que el verdadero libertino no se conforma hasta que hace pasar sus costumbres por muy filosóficas y honradas; que el parásito vil no cesa de encomiar en todos los tonos la utilidad social de su holganza perdurable; que el avaro cruel suda por ganar fama de generoso y magnánimo; y por fin, que no hay un sátrapa feroz, un tigre de la especie humana, de esos que caen como un azote del Cielo sobre pueblos inermes y hacen montones de cadáveres para sentar en ellos el pedestal de su eterna fama, que no se haga un honor preclaro del público agradecimiento y de las alabanzas *espontáneas* de sus infelices víctimas.

Todo esto es muy natural; á falta de la virtud se echa mano de la hipocresía; pero lo que en verdad poseemos, aquello que es ciertamente nuestro, las cualidades nobles que nos alientan, ni las proclamamos en alta voz, ni hay necesidad de que nadie las proclame por nosotros, porque ellas por sí mismas se proclaman y se imponen con la fuerza invencible de un hecho. Basta, pues, oír en la generalidad de los casos un coro de alabanzas desmedidas acerca de las virtudes de cualquier sujeto ó sujetos, y más todavía si el susodicho coro es universal y todos procuran incensarse á porfía; para deducir en seguida que las alabanzas son puro ruido para espantar el miedo ó aturdir la conciencia, ó que las tan ensalzadas virtudes ó no existen ó están tocadas de mortal decadencia.

Mas volviendo al valor para ahorrar digresiones enfadosas, será bueno indagar en pocas palabras si esa virtud es ó no tan vulgar como se lo dicen á sí mismas las gentes que carecen de ella; qué es en suma el valor verdadero y lo que pasa por tal en el mercado del mundo.

Para descartarnos del *valor falso* cuanto ántes, pues nunca es divertido aspirar olores mefíticos y ponzoñosos cuando se tiene á la mano un ramillete de flores exquisitas, diremos desde luégo que la necesidad imperiosa, el duro egoísmo, la vanidad, el orgullo, el odio, la venganza, la crueldad, la avaricia y la indolencia, crean situaciones y producen actos diarios que el vulgo ignorante llama de valor, cuando en verdad lo son de desesperación, de impotencia, de cobardía y aún de miedo.

El *valor verdadero* resulta de la entereza del ánimo y de la fuerza y energía del cuerpo y del espíritu; pero no será tal valor si no lo inspira y lo alimenta nuestra misma conciencia, impulsada por Dios al cumplimiento de altos y sagrados deberes. La más bella, rara y generosa de las virtudes humanas, es como sus compañeras, modesta, dulce, atractiva, sociable y compasiva. No tiene por objeto imponer y espantar los ánimos como el vulgo cree, sino atraerlos y en último



D. José de Bustillo, teniente general de la Armada.



La rada de Lisboa.

caso dominarlos; pero con un sentido recto é ilustrado, para cuyo fin debe complacerse en rechazar la procaz injusticia, en resistir la opresión descarada, en defender la inocencia oprimida, en hacer frente serena á la desgracia inmerecida y en combatir al enemigo en la batalla.

El corazón de un valiente juicioso no busca temerariamente el peligro ni provoca sin razón luchas estériles; no humilla al débil ni al inocente; no derrama la sangre del vencido, evita las pendencias miserables y teme profundamente emplear sus bríos en torpes ó injustas empresas; pero encuentra un goce supremo cuando el deber y el honor bien entendidos le mandan defender la justicia ultrajada, perseguir el crimen audaz, descubrir el rostro á la infame hipocresía, volver sus fueros á la sagrada verdad, ó sacrificar la vida en honor y defensa de la humanidad y de la patria.

Ya se ve por estos rasgos fundamentales del valor verdadero, que dista infinito de ser una virtud vulgar, de que con razón pueda envanecerse el común de los hombres. Desgraciadamente se han contado, se cuentan y se contarán muy pocos valientes del género puro, porque son también muy pocos los que se han sentido, se sienten y se sentirán animados de la grandeza de alma y de la elevación de sentimientos de que nace esa virtud augusta y preclara.

Hay, sin embargo, por el mundo, aquí y acullá algunos rasgos y perfiles, ya sueltos, ya reunidos, de un valor más ó menos elevado, y aunque la perfección sea en eso como en todo, patrimonio de pocos, caso que lo sea de alguno, pues lo bueno absoluto sólo reside en Dios y á nosotros lo más que nos es permitido es desecharlo y adorarlo en la idea, mas no alcanzarlo ni reducirlo á la práctica, estando como estamos condenados á lo torpe y limitado de nuestros pobres medios, no será ocioso ensayar un estudio rápido pero concienzudo, de las diversas clases de valor que conocemos, á fin de distinguir y apreciar á cada uno en lo que justamente vale.

Clasifíquese el valor tal cual se observa en la vida en *activo* y *pasivo*, y se subdivide luego en *personal* y *colectivo*; pero cada una de estas clases admite después varias clasificaciones, señalándose entre ellas el valor *activo personal* en primer término, y en seguida el valor *pasivo personal*, de los cuales nacen todos los demás con diferentes denominaciones, como el valor *paciente* ó *resignado* que es personalísimo, el valor *cívico* que también lo es, y el valor *heroico* verdaderamente ideal que los abarca todos y no se halla quizás en ninguna parte.

El valor *activo personal* se lleva la preferencia entre los hombres y así comenzaremos por él este sucinto análisis. Tiene origen este valor en un temple de alma superior; es innato, no puede adquirirse, pero sí imitarse, aunque imperfectamente, como no puede adquirirse y se imita el estro poético y todas las otras facultades extraordinarias del alma humana. El genio es un distintivo obligado de este valor sublime, pero no es el genio solamente; la prudencia y el cálculo son sus grandes guías. Posee una conciencia segura de sí mismo; conoce los peligros al por menor, los siente y los juzga; á veces los evita con cuidado porque no es fanfarrón ni temerario, pero si los acomete es para triunfar, so pena de que sobrevenga algún percance de imposible prevision. Los grandes capitanes como Alejandro, César, Napoleón y Hernán Cortés, realizaron casi por completo este ideal. Ellos y los que se les parecen tienen visiblemente en el mundo la misión de levantar las tempestades ó la de dominarlas, pero de todos modos desempeñan en la vida las funciones que tocan á los huracanes en la atmósfera, pues si éstos dispersan los miasmas deletéreos que infestan el aire, aquellos destruyen, aniquilan ó barren las inercias pestilentes de la sociedad que estancan ó detienen el progreso humano. ¡Por eso tales hombres caben apenas en la tierra y su grande alma los eleva á la cima de los imperios ó á los primeros puestos del Estado!

El valor *pasivo personal* es más modesto, pero acaso más importante que el activo. También exige él cualidades superiores y tal vez sea quien llene comunmente en el mundo las vacantes inevitables de los grandes genios de la guerra, que por desgracia ó por fortuna son tan raros. Infinitos son los grados de este valor que se manifiesta en cada individuo con rasgos distintos, según las circunstancias, como emanado de la unidad incommunicable é indivisible del alma de cada hombre; pero no deja por eso de sentir ciertas influencias exteriores que contribuyen á darle ó quitarle bríos, como el aplauso ó la indiferencia públicos, el espíritu de la época y los buenos ó malos ejemplos que las leyes y las costumbres ponen á la vista de todos.

El valor *paciente* ó *resignado* es de todos el menos conocido, porque no produce el estruendo de la notoriedad pública, de la fama ó de la gloria; en él se distingue especialmente la mujer á quien Dios ha querido favorecer con tristes aunque maravillosas aptitudes para el dolor y la paciencia. Ajeno á los impulsos de la vanidad, desdeña casi siempre los aplausos del mundo: héroe del hogar y de la familia, este valor se alimenta de sus propias fuerzas. Los que lo sienten, y son muchos por dicha, se contentan con estar satisfechos de sí mismos y con llenar la misión generosa á que los llama la voz de la Providencia que tiene un eco fiel en esas buenas almas. De ellas han salido, sa-

len y saldrán mayor número de héroes, y han dado y darán en tributo más vidas, que la totalidad de los combates sangrientos con que los hombres han cubierto de huesos en todos los siglos la superficie del planeta. ¿Quién no ha visto en su vida miles de madres y de padres sacrificarse tempranamente sin el menor reparo por el bien de sus hijos? ¿Quién no recuerda muchos, muchísimos hijos que han hecho por sus padres el holocausto de su fortuna, de sus gustos y pasiones legítimas, hasta morir algunos en la flor de la vida, por hacer más dulces los postreros días de aquellos que se la dieron? ¿Quién no sabe que los amantes mueren á cada paso con la mayor alegría ó con resignación estoica en honor del sagrado objeto de su cariño? ¿No vemos por todas partes algunos esposos que se han dado voluntariamente á una vida de enormes sacrificios, quebrantos y fatigas por ser el uno del otro? El amor con sus múltiples y generosas fuerzas es el grande móvil de todas esas acciones de singular hermosura; mas también él engendra otra especie de valor, no ya paciente sino activo y de actividad heroica. Por él vemos morir en el mismo peligro al padre y á la madre unidos á los hijos; al hermano junto al hermano, y al amigo ó al amante ir también á la muerte acompañando los sagrados objetos de su entrañable afecto; y ese mismo amor extremando sus fuerzas, es el que anima con su fuego á los seres magnánimos que se arrojan al incendio, á las olas ó á mortíferas refriegas para salvar la vida á otros seres desconocidos, con los cuales sólo tienen el vínculo ó lazo común de la humanidad.

Llábase valor *cívico* el que dicta al magistrado, al hombre público y al simple ciudadano el sacrificio repetido de sus intereses ó el de su vida en cumplimiento de sus deberes, en defensa de sus derechos ó en la de los de la humanidad y de la patria. Abroquelado este género de valor tras el escudo sagrado de la justicia, resiste desde allí sin conmovirse las rabiosas acometidas de la violencia, y aun sintiendo y temiendo el peligro, prefiere inmolarse en el altar del deber á doblar la pura y altiva frente bajo el peso abrumador de la deshonra.

Los más grandes y nobles ciudadanos del mundo han dado su vida por la redención de la especie humana, esto es, por la Justicia. Millares de estos seres magnánimos han regado en todos los tiempos la ingrata tierra con su sangre generosa, y han sufrido todos los martirios por el triunfo de esa diosa inmortal, sabiendo que la barbarie de los hombres había de insultar sus venerables cenizas con torpes y sacrilegas maldiciones.

¡Legión sagrada de los grandes héroes! Vuestra gloria póstuma es infinita porque fueron infinitos también vuestros dolores y los beneficios con ellos conquistados para el género humano! ¡Sólo vosotros tocasteis con el dedo aquel ideal supremo de bien que todos sentimos oculto en las oscuras regiones del alma, y por eso os bendecirán sin fin las generaciones redimidas, cuya ceguera comenzasteis á disipar! ¡Ellas aunque torpes, ignorantes y todavía corrompidas, empiezan á sospechar con intuición segura, que sólo vosotros seáis los hijos favoritos del Eterno en la grande vida á que fuisteis y somos llamados por vuestras sublimes virtudes!

Vamos á tratar por fin del valor *colectivo* para terminar este importante estudio, harto largo ya para su escaso interés. Llábase valor colectivo el que anima al soldado en el combate ó á un ejército delante de otro en tremenda batalla. La *disciplina* es el grande secreto de este valor: ella prescribe la *obediencia* absoluta y con la obediencia la *unión*, madre de la fuerza; de modo que, al grado de perfección á que se eleven la unión y la obediencia, corresponderá sin duda el grado de fuerza y de valor que es capaz de desarrollar una colectividad numerosa.

Supuesto el combate ordenado, se supone también una sola voluntad directora, que ésta ha de ser ilustrada y certera, y que todas las demás voluntades han de moverse según el impulso que aquella les imprima. De este modo el valor colectivo tiene una cabeza *activa*, la grande voluntad directora, mientras las demás voluntades vienen á quedar *pasivamente* sujetas á las terribles vicisitudes de la lucha, sin que les sea dado acercarse ó alejar los peligros.

Hay, sin embargo, en los combates colectivos ciertos individuos que muestran un valor magnánimo de que los demás carecen y aun ellos mismos carecerían en un lance personal. El estruendo de las armas, la voz poderosa del cañón, la vista de la sangre, los ayes de los que caen, los lamentos de los heridos y la presencia misma de la muerte agitando sus misteriosas alas por encima de tantas cabezas á la vez; todo esto y el aguijón penetrante del honor, y la tentación magnífica de la gloria, producen una embriaguez de fuego que centuplica los bríos del ánimo y lo predispone maravillosamente para acometer hazañas insignes sin advertir, ó advirtiendo apenas, la espantosa inminencia de los peligros. La muerte no es allí un fantasma para los valientes, es cuando más un punto negro ó una sombra indecisa que se adivina más allá del horizonte, con la cual no se cuenta hasta sentirse cogido de improviso en sus fatídicos pliegues, cuando es ya tarde para todo, para el arrepentimiento y para la fuga. ¡Hé aquí por qué llamamos héroes á todos los que mueren sobre el campo de batalla!

Lo son en verdad aquellos que sucumben en la embriaguez del valor y *lo parecen* los que cayeron después de temblar inútilmente con el vértigo del miedo. Los primeros sirven á la victoria con fé y no la deshonran jamás porque en los corazones magnánimos rebosa la ternura después del triunfo y se vuelven airados contra los suyos cuando los ven empeñados en la villana tarea de asesinar ó atropellar inermes vencidos; pero los de la última clase sienten el coraje *después* de la batalla y no se dan por satisfechos y aplacados hasta consumir los mayores excesos, como en desquite del miedo cerril de que fueron atormentados.

¡Y son de esta clase última la inmensa mayoría de los valientes!... ¡Pobre humanidad! Pero no manchemos el papel con tristes reflexiones acerca de los más hondos males que afligen á la tierra, males cuyo remedio apenas se adivina para cuando Dios quiera ilustrar nuestro entendimiento y mejorar nuestro corazón.

Reasumiremos nuestro juicio sobre el valor verdadero, sea cualquiera el nombre con que se le distinga. De la manera que el diamante purísimo es una rara y hermosa condensación de partículas brillantes arrancadas á las toscas impurezas de la tierra por la acción secular de los fuegos profundos que laten en las entrañas del planeta; así el valor es también una condensación pura y generosa de los más nobles desprendimientos del alma humana arrancados de ella por el fuego de todas las virtudes, al áspero, rudo y eterno choque de las altas aspiraciones de nuestro espíritu, contra las viles fatalidades de la materia. Un coraje sagrado resultante de la lucha del bien con el mal, enciende en su propio fuego la llama del valor; pero las almas grandes solamente, chispas del fuego divino, brillantes átomos de luz celeste, condensaciones misteriosas de esos fuegos invisibles que animan los mundos y pueblan los espacios infinitos, relámpagos de pura luz increada surgidos á la manera de rayos de la mente de Dios mismo para llevar en sus igneas alas las grandes, las sublimes ideas redentoras de la especie humana; esas almas, ornamento precioso de la tierra, esas alientan el valor genuino, el valor verdadero, y son superiores al dolor, á la fatiga, á los trabajos, á la desgracia, á los peligros y á la muerte.

FRANCISCO GONZÁLEZ DEL HOYO.

Islas Chafarinas 27 Octubre 1877.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

LA RADA DE LISBOA.

Lisboa es de todas las ciudades de Europa, exceptuando Nápoles y Constantinopla, la que ocupa una situación topográfica más encantadora.

Su posición en una de las regiones más risueñas y pintorescas de las orillas del Tajo, el curso majestuoso de ese mismo río, que mide más de nuevo kilómetros de anchura por el muelle, y las tres colinas que ocupan sus edificios en una extensión, de casi dos leguas, le dan un aspecto tan grandioso como bello.

Sus magníficos palacios que tanto admiran al *tourista*, tales como el de *Las Necesidades*, de la *Ajuda* y de *Bemposta*; sus grandiosos monumentos; sus templos, entre los cuales descuella la Catedral, San Antonio y San Roque; sus teatros, lo templado y suave de su clima, y hasta su historia, contribuyen á dar á Lisboa un gran atractivo para propios y extraños. Dice una tradición popular portuguesa, que su nombre se deriva de Ulises su fundador; niegan otros este aserto, pero queda probado en lo mucho que se le estimó siempre al recordar que fué llamada *Felicitas-Julia* por sus conquistadores los romanos.

A fines del siglo XVII Lisboa adquirió gran importancia bajo la dominación de los árabes, y aunque destruida en gran parte por el horrible temblor de tierra acaecido en 1755, fué reconstruida surgiendo sobre sus ruinas mucho más bella, y formando hoy un notable contraste con la parte antigua que se libró de la catástrofe.

Naciones hermanas Portugal y España, envueltas en el mismo suave clima, iluminadas, puede decirse, por el mismo rayo de Sol, enorgullecidas con la misma historia, los españoles sentimos una vivísima simpatía por todo lo que á Portugal recuerda, y el Cádiz tendrá la honra de dar á conocer lo más notable de sus preciosidades artísticas, como también, así lo esperamos, alguna muestra de su bella literatura. Hoy que ofrecemos una copia de la rada de Lisboa, séanos permitido recordar una anécdota que pasa como verdadera. Nuestro gran poeta Espronceda, aquel poeta cuyos pensamientos de fuego y luz quemaron y deslumbraron, llegó á Lisboa en una ocasión desterrado y sin recursos. *Dos pesetas* llevaba en el bolsillo, y al ver la hermosa ciudad que se extiende majestuosamente á la orilla del Tajo, tiró al río las dos pesetas porque... «no quería entrar en una ciudad tan grande con tan poco dinero.»

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

El equilibrio de ambas facultades es una garantía de felicidad en la vida; diremos más, su unión es tan necesaria,

tan imprescindible, que el no realizarla constituye un estado patológico moral, si se nos permite la frase, que determina una grave perturbación de los sentidos, una enfermedad del espíritu. El sentimiento es la actividad en sí misma, y por consecuencia suprema, y por consecuencia invencible, la razón es la verdad, porque no puede ser falso lo que es ley inmutable.

Pero recordando una reciente polémica que acerca del *sentir* y el *pensar* hemos sostenido, nos olvidábamos de la pobre Eugenia, mártir de ese sentimiento que, dominando á la razón, nos quita al vencerla los medios naturales que para nuestra defensa se nos han concedido.

Eugenia era una pobre alma triste, desesperada, ansiosa, sedienta de algo imposible, que soñaba para olvidar, y olvidaba, en efecto, soñando el daño que sus sueños le hacían.

Como el genio se adelanta siempre á la época en que vive; como es antorcha luminosa que muestra á la humanidad sendas ignoradas, los pobres seres enviados por Dios como apóstoles de una nueva idea, tienen una misión bien dolorosa en la tierra...

Eugenia, que sin sospecharlo siquiera, tenía las cualidades que distinguen al genio, sufría su martirio con esa altivez grande y fuerte que avalora el sacrificio.

Sentía zumbir en torno de sí, como un rumor vago y enojoso, el murmullo hostil de la sociedad, y preguntándose á sí misma si lo merecía, despreciaba sin esfuerzo lo que según su conciencia era injusto.

Se ocupaba de sí misma, sin pensar en los demás.

Fascinada, atraída por el carácter impresionable, vehemente, apasionado de Lutgardo, creyó amarle al conocerle: soñó, porque vivía soñando, que aquella hermosa cabeza encerraba un pensamiento que podía comprender el suyo; que aquel ser tan poderosamente simpático, era, á no dudarlo, el único que sabía sentir de una manera inmensa, que se apartaba del sendero de la rutina y la costumbre para seguir el camino vedado á las vulgaridades, y reservado á los seres que Dios marca con un sello de excepcional grandeza.

Pero los sueños sueños son, como Calderón decía, y Eugenia iba volviendo á la realidad bajo la impresión del desencanto, como vuelve á la vida bajo la impresión del frío el viajero fatigado que se ha dormido en el desierto.

Había un punto luminoso entre la sombra... un recuerdo...

Pero no adelantemos los sucesos...

Volvamos al Cementerio.

Eugenia, una vez esparcidas las flores, buscó una más bella, más simbólica, para colocarla en la mano del ángel que velaba el sueño de su hermana... ninguna le satisfizo y fué á buscarla en las que bordean de bellos matices el suelo del Cementerio.

La sombra esparcía ya sus velos de niebla impalpable: una suave luz crepuscular, una especie de reverberación de las olas flotando en un horizonte límpido y sereno, esclarecía el Cielo por Occidente.

Eugenia avanzaba mirando con cuidado las plantas, á las que iba á pedir una flor para su hermana.

Tan abstraída iba que no vió una sombra dibujarse sobre las enarenadas calles, y confundirse con la que proyectaba los geránios y arrayanes.

Un hombre que había estado contemplándola inmóvil durante su meditación ante el sepulcro, la seguía...

Eugenia avanzó...

Se detuvo ante un cuadro en el cual, sobre el fondo verdoso de las hojas se destacaban algunas flores frescas, brillantes, perfumadas... parecía imposible que no las empañase la proximidad de la muerte... pero la vida se alimenta de la destrucción!... La savia de las flores se nutre con los jugos que en la materia se descomponen.

Eugenia se fijó en una de ellas y quiso alcanzarla: su mano no llegaba á la rama en que lucía. Miró á todos lados buscando el medio de aproximarse á ella, y vió inmóvil, triste, imponente como una aparición, la figura de un hombre.

Iba á retroceder, iba á lanzar un grito de espanto, pero se contuvo y quiso seguir su camino.

El hombre la detuvo con un movimiento, saltó la pequeña verja de madera que cercaba las flores, y cortando la elegida por Eugenia se la ofreció galantemente, sin pronunciar una sola palabra.

—Gracias, balbuceó Eugenia impresionada, dominada...

—Es tarde, señorita, dijo alterando su voz el desconocido, es tarde para permanecer aquí, y ruego á Vd. se retire...

—Gracias otra vez, murmuró Eugenia...

Siguió con paso rápido por la galería, cerró el nicho de Luisa, salió del Cementerio, y entró en un coche que le aguardaba.

Al llegar á su casa, conmovida, impresionada, agitada por mil emociones diversas, notó que tenía en la mano la flor del Cementerio...

—Dios mío!... murmuró, yo quise ofrecerla á Luisa, y no

sé por qué la he guardado!... Pues bien, será mía; la conservaré como un recuerdo... pero quién era aquel hombre?... Yo creo que le conozco!... Y me habló con ternura, con respeto... parecía conmovido... Quién será?...

Quiso guardar la flor y buscó una pequeña caja de marfil en cuyo centro había grabadas algunas palabras:

—Para siempre!... murmuró Eugenia leyéndolas. ¡Pobre Ricardo!... Él me ofreció este recuerdo... No, aquí no debo guardar esta flor...

—Y por qué, preguntó en tono de reconvención, por qué no guardarla aquí, si acaso es el nombre de Ricardo el más grato, el más dulce de los recuerdos de mi vida!... Ah! si Ricardo en vez de tener un pensamiento claro y un corazón frío tuviese un sentimiento entusiasta y un alma apasionada, tan caballero, tan leal, tan digno como es, sería el único hombre á quien yo hubiese amado... pero él, que puede querer y respetar, es incapaz de sentir el amor!...

CAPÍTULO XIX.

El escándalo.

Eugenia estaba preocupada é inquieta.

Hay presentimientos que anuncian la tempestad moral como indicios que advierten la física.

La pobre criatura, que había creído tener valor para sostener todas las luchas que la provocaban, comenzaba á vacilar!...

No hay espíritu, por fuerte que sea, que no dude; así como no hay piedra que resista á la gota de agua...

Su pensamiento se revolvía en una angustia suprema, sin saber ella misma el término que deseaba á sus temores y sufrimientos.

Era la suya una situación excepcional.

Sola en el mundo, no era sin embargo, el ente desconocido que desde la sombra lo vé todo sin ser visto de nadie: era un nombre; tenía marcado en el concierto social un lugar visible, era vista, sin ver ella, consecuencia natural de la luz que la envolvía.

Sus sentimientos tan confusos como su situación, eran las sombras que poblaban el caos, el vacío que la rodeaba. Amaba ella á Lutgardo?

Fascinada, atraída por la exageración de sentimientos que formaba la base de su carácter, hacía un ser á quien creía deber una gratitud sin límite, impresionada por la belleza excepcional de Lutgardo, que la belleza ¡ay! por más que declamen los espiritualistas, ha sido, es y será siempre, una gran atracción para el alma y los sentidos, había escuchado sus frases de amor como una música grata, que la dominaba, encantándola, pero que, apenas extinguida, nada dejaba en pos de sí.

El carácter brusco y dominante de Lutgardo, su falta de inteligencia y de educación, eran un martirio para Eugenia que desencantada aún antes de haber despertado de su magnético sueño, había comprendido lo imposible de su realización.

Desde el momento en que Lutgardo, cansado de sostener una situación que para él ningún encanto ofrecía—pues su vanidad estaba satisfecha con haber hecho creer que Eugenia había sido su amante, y la dignidad de ésta le ofendía tanto como le contrariaba,—descuidó por completo el papel de apasionado, de generoso, de notable, que había sostenido ante Eugenia, ésta vió claro, y sufría una tortura infinita al comprender cuán difícil la era deshacer lo hecho, alejar de sí á un hombre que con sus arrebatos podía comprometerla con un escándalo.

Eugenia pensaba con frecuencia en Ricardo; sin darse cuenta de ello comparaba la delicadeza, la elevación, lo distinguido de todas las acciones de éste, y lo vulgar, lo necio, lo insoportable de las de Lutgardo. Pensaba en aquella despedida incomprensible de Ricardo, en aquel amigo encargado de participarla; todo esto era extraño, inexplicable y Eugenia tenía á veces deseos de escribir al marino, decirle toda la verdad, y pedirle consejo: ¿no le había dicho que sería siempre su amigo?

Sin embargo, no pueden los seres altivos dar el primer paso en la senda de una explicación, que creen humillante y muchas veces el orgullo, la dignidad, mal entendidos, les lleva más lejos, mucho más lejos de donde pensaban ir. Todos los sentimientos exagerados, llegan á ser defectos y más que ninguno la altivez, tan noble y simpática si es bien sostenida, tan odiosa si afecta otro carácter. Todas estas ideas, el incidente del Cementerio, la flor que tenía en sus manos, la ausencia de Lutgardo, su frialdad, su aire altanero y provocativo, producían en Eugenia un estado de exaltación nerviosa, de inquietud moral, grandemente peligroso para su salud y más aún para sus decisiones.

Estaba dispuesta á todo, y sabido es que en tales condiciones un carácter como el suyo no retrocede jamás.

Sintiendo los latidos violentos de su corazón, conteniendo con su mano las palpitaciones de sus sienes, que parecían un martilleo lento y constante del pensamiento para romper su cárcel.

Eugenia esperaba, temblando al más leve ruido, inquie-

tándose sin saber por qué, dudando y reanimándose sin motivo.

Esperaba á Lutgardo, debían tener una explicación, la última. Todas las crisis encierran gravedad, porque grave es todo lo decisivo, y Eugenia se disponía á decidir su suerte.

Pasaba la hora y Lutgardo no venía... Era preciso verle... era preciso acabar...

Eugenia se levantaba violenta y nerviosa, miraba desde su pequeño balcón, y volvía al sofá donde se recostaba esperando, agonizando de la doble fiebre del cuerpo y del alma...

Juana, la pobre y leal sirvienta, único apoyo que Dios había reservado á la joven noble y altiva, comprendía que algo pasaba á su señorita, creía enlazado esto con las noticias dadas por ella á Ricardo, y se reprochaba como una falta la inquietud de Eugenia... Pero Lutgardo no venía; sería posible que Eugenia le hubiese alejado para siempre?...

Esto era una gran ventaja, y Juana comenzaba á alegrarse de ello, cuando Eugenia la llamó.

—Has salido hoy mientras yo he ido al Cementerio? la preguntó.

—No, señorita, contestó Juana; por qué?

—Ha venido alguien en tanto que yo estaba fuera de casa?...

—Nadie.

—Es particular!...

—El qué?

—Nada!

—No quiere Vd. decírmelo! Es igual! Yo lo sé.

—¿Tú qué sabes tú?

—Sé que está Vd. inquieta porque falta D. Lutgardo!

—Yo! te engañas!... Qué me importa á mí!...

—Ojalá no le importase á Vd., señorita Eugenia, y ojalá no hubiese importado á la otra...

Eugenia se puso sucesivamente pálida y encendida; á veces una palabra dicha al azar es el principio de un gran suceso.

—La otra!... Qué dices!... Quién es la otra?...

—Vd. perdón, señorita, pero una vé tantas cosas... y luego Vd. se ha criado á mi vera, y vamos, la quiero, y me escueze...

—Habla claro, no te entiendo...

—No puede ser...

—Mira, sea lo que sea, dílo; nada hay peor que la duda; además, ya lo ves, estoy enferma, necesito saberlo todo, calmarme...

—Pues, por lo mismo que está Vd. enferma temo que le haga mal el que yo le hable de él y de ella... y... vamos no diré nada.

—Por Dios, Juana, yo no sé quienes son él ni ella; yo me estoy muriendo; dime lo que sepas...

—Pues bien, señorita, más vale vergüenza en cara que dolor en corazón; se lo voy á decir porque yo no quiero que Vd. se muera por ese Don Nadie, como se murió la otra...

—¿Quién es la otra?... preguntó temblorosa é impaciente Eugenia.

—Luisa.

—Luisa!... Qué dices!... ¿Por quién se murió Luisa, ni qué horrible historia es esa?...

—¿Por Lutgardo!... Si lo sabe todo el mundo!...

Eugenia agitada, pálida, con la mirada fija como la de una loca en Juana, parecía oírle sin darse cuenta de lo que decía.

—Dímelo todo!... murmuró.

—Pues bien; la pobre niña quería á Lutgardo, que le decía que la quería por otros *belenes*... pero ella lo creyó... después él se ocupó de Vd. y se dejó á Luisa... ella fué sufriendo... sufriendo... hasta que se murió...

—Dios mío!... Con que es decir que yo la he matado?

—Eso dicen... pero no es verdad: Vd. no lo sabía.

—Que lo dicen!... Dios mío!... Por qué no lo he sospechado yo!... Pero ese hombre... es posible tanta infamia!...

—Señorita, calle Vd. por Dios!... Pues ya lo creo que es posible, y otras muchas cosas más que no le diré aunque me maten...

—Dílo; quiero saberlo todo.

—No es posible.

—Mira, Juana, dijo Eugenia desesperada, ó me lo dices todo ó te vas ahora mismo de mi casa... elije...

—Pero, señorita...

—Nada, no admito disculpa...

—Es que lo que diga va á ofenderla...

—No importa!

—Pues bien, Vd. se empeña, con su pan se lo coma... Ese D. Lutgardo dice por todas partes que Vd. lo quiere...

Eugenia sonrió con amargura.

—Dice que...

—Acaba...

—Pues dice que él la sostiene á Vd., que esta casa es suya...

Eugenia se puso de pié, horriblemente pálida, con la mirada extraviada...

—Imposible, murmuró, imposible!... Él no puede decir eso!... No hay quien pueda cometer esas infamias!...

—Pues lo dice y lo cree todo el mundo...

Pasó por la mirada y por la frente de Eugenia algo que no puede explicarse, algo terrible, algo sombrío que daba miedo...

Vaciló como si fuera á caer... despues por un esfuerzo supremo de aquella voluntad poderosa, pareció serenarse. —Está bien, dijo, yo probaré á los que tal creen que se engañan.

En aquel momento vibró la campanilla.

—Abre, dijo Eugenia con voz serena, debe ser él.

—Le digo que no está Vd?, preguntó medrosamente Juana.

—De ningún modo: es preciso acabar...

Eugenia volvió á sentarse: su actitud era la de una resolución suprema: estaba tranquila, al parecer; sólo Dios hubiera podido leer en el fondo de su alma.

Lutgardo entró.

Su actitud altanera y soberbia no ocultaba una expresión de disgusto y cansancio muy visibles, unida á una contrariedad que no se cuidaba de ocultar.

—Ya estarás contenta, dijo bruscamente á Eugenia; te estorbaba y vas á salir de mí.

—No entiendo lo que Vd. dice... contestó ésta friamente.

—Ah!... me hablas de Vd?... Está bien! Esto quiere decir que ha terminado todo?

—Esto quiere decir que yo no puedo ser amiga de quien me inspira desprecio, y no habiendo entre nosotros más motivo á la confianza que la amistad, es inútil al desaparecer ésta, que se sostenga aquella.

—Y me quiere Vd. explicar, señora, qué motivo hay para ello? Por supuesto que yo bien lo sé!...

—En ese caso la explicación es inútil, pero le diré algo: como hay quien sospecha que esta casa no es mía, voy á probar que lo es arrojando á Vd. de ella. Puede Vd. marcharse cuando guste.

—¡Ja! ja!... ja!... Ya sé lo que esto significa.

—Caballero! exclamó Eugenia irritada por la grosera carcajada de Lutgardo, significa que acabo de comprender quién es Vd... de haberlo sabido antes, mucho antes, cuando una pobre criatura sufría y moría sin despertar en Vd. ni compasión siquiera, le hubiera evitado el tormento de verlo...

—Ah!... Luisa!... valiente antigualla!... Quién piensa ahora en eso!... Lo que importa saber es que Vd. me despidió porque tengo un sucesor, porque, al pedirle Vd. que me desahíe, y que me mate, le habrá prometido arrojarme de su casa.

—No entiendo á Vd....

—Ah! que no!... Quiere decir que no he comprendido el plan, eh? Pues bien claro está; Vd. ha admitido otro amor, y ha hecho Vd. bien, entre paréntesis, porque yo no la amaba, y el necio que me ha desafiado esta mañana es su amante.

—¿Que le han desafiado á Vd.! ¿Quién?

—Bah!... mejor que yo debe Vd. saberlo, porque yo no le conozco...

—Pero por qué?

—A propósito de no sé qué tontería que yo dije de Vd.

—Ah!...

—Pero no me batiré... no lo merece el asunto...

—Pero quién era?...

—Señora! Basta con lo dicho!... Estaría bueno que yo la diese noticias de lo que sabe... Lo único que la diré es que, puesto que aquí estorbo, no estoy dispuesto á salir de aquí.

—Que nó! Y con qué derecho?...

—Con ninguno: con mi voluntad...

—Su voluntad será muy poderosa en asuntos propios, pero no en los ajenos: estoy en mi casa, me molesta Vd. en ella, y se irá...

—No me irá...

—Que nó? Mire Vd. que el escándalo que ayer temía me es indiferente hoy; mire Vd. que deseo que se entere todo el mundo de que le arrojé de aquí...

—Vd. perderá más... todo el mundo sabe que tengo derecho á quedarme.

—Miente Vd., miente indignamente, y voy á probarle que no le temo...

Eugenia, valiente, resuelta, decidida, desesperada se dirigió al balcón...

—Ah!... murmuró pálido de rabia Lutgardo, te empeñas en que te mate!...

Eugenia con la mano en la faldilla del balcón, se detuvo.

—Prefiere Vd. irse buenamente, dijo, ó que le echen...

—Lo que prefiero es matarte, rugió desesperado Lutgardo.

(Concluirá.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

Correspondencia del CADIZ

D. A. Cassard.—New-York.

—Gracias por sus bellas poesías y promesas de afecto. Acepto con mucho gusto su ilustrada colaboración.

D. S. Arambilet.—Madrid.

—He tenido un placer en recibir su afectuosa carta y estimo sus ofrecimientos, que me son muy gratos: le escribiré particularmente.

D. J. de Molina.—Baeza.

—Queda tomada nota de la suscripción de V. por todo el año 1878 y de las otras tres que avisa por el mismo tiempo. Le agradezco infinito su amabilidad para conmigo.

D. E. Lopez de Funes.—Habana.

—Queda V. suscrito por 6 meses, según su aviso, y se girará, como indica. Mil gracias por sus benévolas apreciaciones.

D. J. B. Aulestia y Viñas.—Tarragona.

—Me es imposible publicar la novelita que tiene V. la bondad de enviarme, porque el CÁDIZ sólo da trabajos inéditos. Aun de ofrecer esta condición su novela, no hubiera podido complacerle por tener mucho original de mis redactores y colaboradores.

D. G. Calvo Asensio.—Madrid.

—Contesto por el correo.

D. P. Cruz.—Madrid.

—Id. id.

D. F. Gonzalez del Hoyo.—Almería.

—Id. id.

D. A. C. de Gonzalez.—Almería.

—Id. id.

D. J. S. de Toral.—Jaén.

—Id. id.

D. A. B.—Madrid.

—Id. id.

D. P. P. Rioja.—Soria.

—Id. id.

D. A. P.—Baeza.

—Id. id.

D. P. M. Sagasta.—Madrid.

—Su carta me ha complacido mucho.

D. N. D. de Benjumea.—Sevilla.

—Le remito un pliego que le ha sido dirigido á esta administración del Consulado de Amberes.

D. M. Fernandez y Gonzalez.—Madrid.

—No olvide que los originales han de tenerse en la imprenta con alguna anticipación.

P. DE B.

NOTICIAS.

La necesidad de terminar en el número próximo la novela *La flor del Cementerio*, nos obliga á retirar la *Sección extranjera* y gran parte de las noticias.

La celebre actriz G. Pezzana, de paso para Cuba, ha dado cuatro representaciones en Cádiz con su inteligente compañía dramática, dos en el *Gran Teatro*, y dos en el *Teatro Romea*, siendo extraordinariamente aplaudida, por la sociedad gaditana.

La Embajada Marroquí ha estado dos días en esta ciudad, asistiendo el Lunes por la noche al *Teatro Principal*, que estaba engalanado para recibirlos. Acompañaban á los africanos nuestros Gobernadores Civil y Militar, y el Alcalde Sr. Marqués de Sto. Domingo.

Agradecemos á *El Constitucional* y *El Contra-Bombos* de Madrid, así como á *La Sombra*, de la Habana, que al reproducir nuestros artículos citen el nombre de nuestro periódico; sentimos no poder decir otro tanto á varias publicaciones que copian poesías y traducciones del CÁDIZ (entre otras *Un beso en el corazón*, *A la esperanza*, *La duda*, *Una academia como hay pocas*, y *la Marquesa de Caux*), sin tener la bondad de indicar de dónde lo han tomado.

El Correo Teatral, de Barcelona, copia y hace suyas nuestras consideraciones acerca del *Teatro Principal* de esta ciudad. Le damos las gracias, y celebramos que esté de acuerdo con nosotros el ilustrado colega en este asunto.

Hemos recibido la magnífica publicación *Revista de Cuba*; aceptamos con gusto el cambio.

También nos ha visitado la interesante *Revue Géographique*, de París, que trae un extenso mapa geográfico de la Bulgaria.

Aceptamos con gusto el cambio.

Hemos recibido el magnífico *Almanaque de la Ilustración* que á su elegante forma une el ofrecer trabajos inéditos de todas nuestras eminencias literarias.

También se nos ha favorecido con el *Almanaque de los niños*, publicado por el distinguido escritor Sr. Ossorio y Bernard, y que llena perfectamente su objeto.

PROBLEMA DE AJEDREZ.

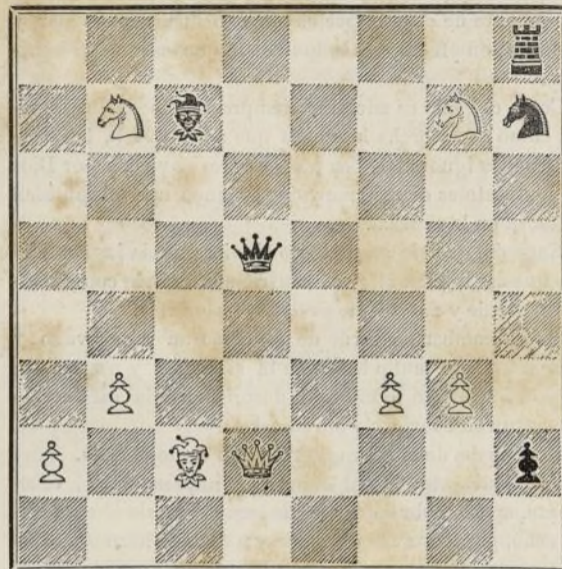
NÚMERO 6.º

PRESENTADO POR F. A.

(CUESTION DE ORIENTE.)

UNA EMBOSCADA.

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y sorprenden al enemigo en la séptima jugada.

Solucion al problema de ajedrez núm. 5.º

BLANCAS.

NEGRAS.

1.ª G 2 — E 4

C 7 — G 3 (j)

2.ª H 4 — G 4

A 5 — G 5 (j)

Esas son las piezas que escapándose del armario mágico van á caer sobre la cabeza de los espectadores.

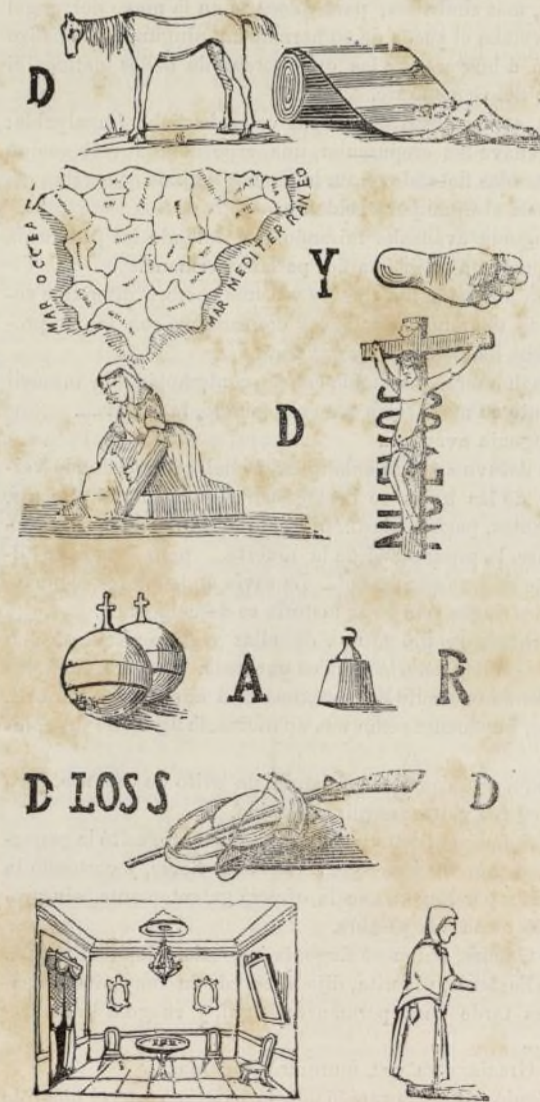
3.ª H 3 — G 5

A 4 — C 6

4.ª E 4 — C 2 (j. m.)

P. P.

GEROGLÍFICO.



CÁDIZ: 1877.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ

Sacramento 39 y Bulas 8.